

Título del original en inglés:
Actual Minds, Possible Worlds
© Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1986

Traducción: Beatriz López

Diseño de cubierta: Sebastián Puiggrós

A mi nieto, Mark Linehan Bruner

Edición Digital, 2010

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.
Avenida del Tibidabo, 12, 3º
08022 Barcelona (España)
Tel. 93 253 09 04
Fax 93 253 09 05
Correo electrónico: gedisa@gedisa.com
<http://www.gedisa.com>

ISBN: 978-84-9784-027-9
Depósito legal: SE-5347-2010

Impreso por: Publidisa

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

VI

La realidad psicológica

Hace algunos años, un íntimo amigo y colega publicó un artículo sobre la realidad psicológica de la gramática. En realidad, no era sobre la gramática en general, sino sobre una clase particular de gramática: la entonces versión "estándar" de la Gramática Generativa Transformacional. Su objetivo era demostrar que la GGT, como se denominaba, no sólo brindaba al gramático un método para describir la estructura y las reglas de construcción de una oración como producto lingüístico, sino que además le proporcionaba al psicólogo una descripción, por así decir, del funcionamiento de los procesos mentales que tienen lugar en el hablante para producir —o comprender— una oración. Se trataba de una afirmación audaz, que suscitó una tempestad de planteos filosóficos, muchos de ellos aparentemente irresolubles.

Su estrategia era interesante. Si se pudiese demostrar, por ejemplo, que la información es procesada dentro de las unidades prescritas por la gramática, o que cada una de las transformaciones gramaticales optativas —por la cual la oración se ve modificada en su estructura básica y pasa a ser pasiva o negativa o interrogativa— necesita un tiempo finito más prolongado para ser comprendida que una oración básica sin las transformaciones, etcétera, se demostraría que las categorías gramaticales tienen algún tipo de "realidad psicológica". Al final (es decir, cuando se contó con más pruebas), "fracasó", porque *no* se dio el caso de que la GGT por sí misma fuese suficiente para dar una descripción de los procesos mentales de un hablante o un oyente. Porque la GGT era entonces (y, en general, sigue siendo) una descripción formal de la sintaxis, y el lenguaje (tanto lingüístico como psicológicamente) entraña mucho más que una estructura formal de reglas sintácticas. Sabemos por capítulos anteriores que el contexto es fundamental para decodificar un enunciado, como sucede en el caso de las formas décticas como *aquí* y *allí*. Sabemos además que, dado el carácter de los actos de habla, la locución contenida en un enunciado (aunque debe ser analizada gramaticalmente para ser comprendida) no es todo lo que un oyente atento descubre en una oración.

Empero, aunque ahora se considera que el intento de mi amigo fracasó (sobre todo él lo considera así), debe estimarse que fue un intento brillante, en realidad, fructífero. El fracaso no residió en su planteo sino en el modelo de lenguaje cuya realidad psicológica decidió comprobar. Sus afirmaciones fueron exageradas, no la índole del proyecto de George Miller (porque corresponde también

que nombre a su autor)¹. Lo que en realidad estaba tratando de hacer era establecer la validez de las descripciones lingüísticas en el ámbito de lo psicológico. O, para decirlo más directa, y controvertidamente, afirmaba la utilidad de la psicolingüística como proyecto, sosteniendo que no se puede tener una psicología que proponga "explicar" el lenguaje que no tome en cuenta a la vez las distinciones lingüísticas, o tal vez, una lingüística que no preste atención a la manera en que manejan el lenguaje los hablantes y los oyentes, los lectores y los escritores. (Esta última afirmación es mucho más discutible, porque no existe una razón a priori para suponer que una descripción formal del lenguaje debe ser conocida o conocida para los hablantes a fin de que resulte útil como dato científico, como Carol Feldman y Stephen Toulmin han sostenido en su monografía "Logic and the Theory of Mind").² La afirmación primera —que la psicología *puede* dar una explicación del lenguaje sin contener un conocimiento lingüístico— se había difundido demasiado y merecía que se la atacase. De lo contrario, no nos liberaríamos nunca de la explicación que da San Agustín de la adquisición del lenguaje en el niño, "imitación con asociación", o de la que ofrece B. F. Skinner, del condicionamiento funcional.

Si hoy quisiéramos abogar por la "realidad psicológica" de las estructuras lingüísticas (y todavía hace falta hacerlo, a pesar del enorme y lujurioso crecimiento de la psicolingüística en las tres últimas décadas, este cometido no diferiría tanto en su espíritu de ese primer intento de establecer la realidad de la gramática. La diferencia residiría en el *alcance* de lo que deseáramos tomar en cuenta en el carácter del lenguaje como fenómeno. Evidentemente, el esfuerzo no se limitaría a demostrar la realidad "psicológica" de las reglas de sintaxis o fonología o semántica, aunque sería la mayor de las tonterías excluirlas de la explicación definitiva. Porque es propio del lenguaje, como ya he observado brevemente, que esté regido por el principio de la "dualidad de funcionamiento" o, más simplemente, por reglas jerárquicas. Para ser más específico, los rasgos distintivos del sistema de sonidos que constituye un lenguaje están determinados por el conjunto limitado de fonemas empleados en la construcción de la unidad superior siguiente, los morfemas. Y la morfología está determinada por los usos a los cuales se aplican los morfemas para formar lexemas o palabras. Las palabras, a su vez, son describibles formalmente por las funciones que realizan en las oraciones. Las oraciones, a su vez, adquieren su significación a partir del discurso en el que están incluidas. El discurso está regido por las intenciones comunicativas de los hablantes. Estas, desde luego, están regidas por las necesidades transaccionales de la cultura. Y en el proceso, hay nuevos determinantes de la forma que funcionan de esa misma manera dualista. Comenté en un capítulo anterior, por ejemplo, la importancia del *género* para determinar cómo debe interpretarse el discurso. Esta interdependencia jerárquica se aplica incluso a productos lingüísticos de mayor escala, por ejemplo los cuentos folklóricos, que ya hemos

¹ George Miller, "The Psycholinguists", *Encounter*, 23, n° 1, julio de 1964.

² Carol Feldman y Stephen Toulmin, "Logic and the Theory of Mind", in *Nebraska Symposium on Motivation*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1976.

visto al examinar el análisis de los "personajes" como funciones de la trama de Vladimir Propp.

* * *

Lo que deseo hacer en este capítulo es considerar la "realidad psicológica" de algunas de las distinciones lingüísticas que se han examinado en capítulos anteriores. Sin duda, he tratado de plantear esa realidad *en passant*, pero conveniría que me detuviese aquí para realizar un análisis más detallado. Y dado el principio de "dualidad", la relación jerárquica del lenguaje, debo empezar dando una nueva mirada a los diferentes criterios por los cuales puede afirmarse que el lenguaje es un fenómeno.

La manera tradicional de empezar una investigación de este tipo es referirse a los tres aspectos tradicionales del lenguaje. El primero, el sintáctico, se basa en el criterio de la construcción correcta, o de la conformidad con las reglas gramaticales que se presupone rigen el lenguaje. A fin de evaluar la construcción correcta, no es muy importante determinar si la gramática que usa el científico es psicológicamente real: las gramáticas que prescriben la corrección de las formas pueden ser todo lo abstractas e irreales que sea necesario, según lo que se esté tratando de hacer. Una "buena gramática" (es decir, una buena gramática generativa) es aquella que genera todas las oraciones admisibles de un lenguaje y ninguna de las no admisibles.

El segundo aspecto que proporciona criterios para evaluar los fenómenos del lenguaje es el significado. En este punto la tarea se hace más difícil, porque requiere una teoría sobre el sentido y sobre el referente, y no hay nada que equivalga en este ámbito a las descripciones precisas con las que se juzga la corrección de la forma. Se puede, desde luego, establecer definitivamente si es correcta la expresión "Las verdes ideas sin color duermen furiosamente", pero no se puede decir nada tan definitivo sobre el significado de la expresión. Lo que se puede hacer es especificar diversos procedimientos para asignarle significado a la frase. Pero entonces uno se ve atrapado en puntos de vista opuestos; teorías verificacionistas del significado, teorías de correspondencia, teorías de la congruencia, todas las cuales son parciales. O bien se puede recurrir a un diccionario y buscar todas las palabras que constituyen el enunciado como el filósofo de C. K. Ogden quien, al no encontrar en la enciclopedia el artículo "metafísica china", buscó "China" y "metafísica". O bien se puede dejar, digamos, que la mente viaje por los tropos metafóricos, en cuyo caso sin duda se terminará por asignar a la frase algunos significados interesantes. Por ejemplo, en "Las verdes ideas impotentes duermen furiosamente", se puede leer: "Rechazadas, las teorías que alguna vez fueron promisorias, yacen enojadas en la conciencia". O bien, "Noam Chomsky en sus días de ensalada". O, como hicimos en el Capítulo II, se puede investigar si una expresión desencadena muchos significados alternativos y con ello hace reflexionar. Hay muchas maneras interesantes de abordar el significado, muchas de ellas vívidamente ilustradas en un grueso volumen escrito por

George Miller y Phillip Johnson-Laird, *Language and Perception*,³ y en los dos tomos de la *Semántica* de John Lyons.⁴ Pero al final quedan algunos interrogantes sin respuesta, por ejemplo, ¿a qué unidad debe asignarse un significado: a la palabra, la oración, el acto de habla, el discurso, el juego lingüístico wittgensteiniano?

Esto último nos lleva directamente al tercer criterio: el pragmático. Se piensa que tiene que ver con el uso. Tradicionalmente (en *Signs, Language and Behavior* de Charles Morris,⁵ donde las distinciones entre la sintaxis, la semántica y la pragmática estaban congeladas en una trinidad lingüística), se creía que la pragmática se ocupaba del uso que las personas hacen del lenguaje, y no de su estructura sintáctica ni de su aspecto semántico. Esto, supuestamente, incluía una abigarrada serie de cosas como, por ejemplo, la retórica, la propaganda, tal vez la poética. Desde luego, es ingenuo (incluso en los años 40, cuando Morris publicó su libro) pensar que el significado es independiente de los usos que un hablante da a su lenguaje (como en los actos de habla modernos) o de la interpretación psíquica que el oyente imprime al mensaje al cual le asigna un significado. Para Morris, la pragmática era algo "agregado" a la semántica y la sintaxis, algo que sin embargo no modificaba los otros dos ámbitos.

Desde el principio, creo, ha estado claro que abordar el lenguaje separadamente "a la luz" de la construcción correcta, el significado y el uso era más una conveniencia pedagógica que un acto intelectual genuino. Y las razones de por qué esto es así pueden arrojar alguna luz sobre nuestra búsqueda de la "realidad psicológica" del lenguaje y de los fenómenos transmitidos por éste.

Veamos primero la cuestión de la autonomía de la sintaxis. Están, como sabemos, los que sostienen que las reglas sintácticas del lenguaje derivan de necesidades semánticas iniciales. Uno de ellos, Charles Fillmore⁶ ha sostenido que los humanos comprendieron primero los argumentos de la acción, de lo cual se derivó una gramática de casos para representar no sólo la ACCIÓN sino también sus argumentos, AGENTE, OBJETO, RECEPTOR, INSTRUMENTO, LOCACIÓN, etcétera. Con el tiempo los casos se incorporan en clases gramaticales de una índole más abstracta y se les asignan privilegios de frecuencia en las oraciones, etcétera. Este es un argumento difícil de sostener desde el punto de vista lógico (porque no explica ciertas distinciones gramaticales evidentes) e imposible de probar históricamente. Empero, es atractivo como explicación de la *adquisición* del lenguaje en el niño pequeño y ha influido mucho en la descripción fundamental de Roger Brown.⁷

³ George Miller y Phillip Johnson-Laird, *Language and Perception*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1977.

⁴ John Lyons, *Semantics*, vols. 1 y 2, Cambridge, Cambridge University Press, 1977.

⁵ Charles Morris, *Signs, Language and Behavior*, Nueva York, Prentice-Hall, 1946.

⁶ Charles Fillmore, "The Case for Case", en E. Bach y R. T. Harms (comp.), *Universals in Linguistic Theory*, Nueva York, Holt, Rinehart y Winston, 1968.

⁷ Roger Brown, *A First Language: The Early Stages*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1973.

Según otro punto de vista (originado en el Círculo de Praga),⁸ la gramática deriva no tanto de nuestro conocimiento abstracto de la acción y sus argumentos, sino del discurso. El sujeto y el predicado, por ejemplo, derivan del tema y el comentario, siendo el tema lo que es dado y compartido en el discurso de los hablantes y el comentario, lo que se agrega como nuevo. Algunos, como Ulric Neisser,⁹ han llegado a afirmar que la distinción dado-nuevo, marcado-no marcado, que es universal en el lenguaje, puede derivar del fenómeno figura-fondo de la percepción, siendo lo dado el fondo y la figura, lo nuevo. También en este caso, apenas sirve a los fines de la investigación intelectual rechazar inmediatamente la idea de que la sintaxis (instrumento del significado y el discurso) es independiente de la pragmática ya sea en su origen o en su función.

Así como la sintaxis depende de la semántica y la pragmática, la semántica misma depende del uso que se le dé a un enunciado. En realidad, se pueden "buscar" palabras, aunque no oraciones, en los diccionarios y encontrar lo que quieren decir. O bien analizar el significado por sus componentes, como, por ejemplo, *asesinar* equivale a *hacer morir*, y *soltero* está constituido por *no casado* y *masculino*. Pero como señaló hace mucho tiempo H. P. Grice,¹⁰ hay dos clases de significados: un significado atemporal y un significado ocasional, el significado de la locución en sí y el significado que se le dio en la situación en la que la locución fue emitida.¹¹ Los diccionarios y el análisis de los componentes nos darán el primero, pero no el segundo. ¿Cuál es el significado de una locución en sí? Los filósofos y los lingüistas tienden a considerar que el enunciado es una proposición y no un acto de habla dirigido por una intención comunicativa especializada. ¿Pero no es el resultado simplemente otro tipo de significación ocasional?

Tomemos el caso límite: hablar o no hablar en una ocasión determinada. En casi todos los casos posibles del diálogo, el silencio es interpretable, tiene un significado. Asimismo, lo que uno decide incluir u omitir en un enunciado. El lingüista francés Oswald Ducrot ha formulado la afirmación intuitiva, en su libro *Dire et ne pas dire*,¹² según, la cual hablar presupone a su opuesto, mantenerse en silencio. La oposición entre los dos, según su planteo, es decisiva para que se desarrolle la presuposición en el lenguaje ordinario. Lo que *no* se expresa está presupuesto o dado; lo que se expresa es lo nuevo. Según este criterio, el lenguaje

⁸ Sobre el Círculo de Praga, véase Peter Steiner (comp.), *The Prague School: Selected Writings 1929-1946*, Austin, University of Texas Press, 1982.

⁹ Ulric Neisser, *Cognitive Psychology*, Nueva York, Appleton Century Crofts, 1967.

¹⁰ H. P. Grice, "Utterer's Meaning, Sentence Meaning, and Word Meaning", *Foundations of Language*, 4, 1968, págs. 1-18.

¹¹ El criterio de la descomposición del significado fue adoptado con gran entusiasmo por J. J. Katz y J. A. Fodor, "The Structure of a Semantic Theory", *Language*, 39, 1963, págs. 170-210; y por Manfred Bierwisch, "Semantics", en J. Lyons (comp.), *New Horizons in Linguistics*, Baltimore, Penguin, 1970.

¹² Oswald Ducrot, *Dire et ne pas dire: principes de sémantique linguistique*, 2a. edición, París, Hermann, 1980.

je hablado es usado como un instrumento para establecer o mantener una atención explícita en asuntos que no pueden darse por sentados. En los actos de habla simplemente declarativos, *no* se indica con un lenguaje abierto lo que puede darse por supuesto como elemento de conocimiento o experiencia en la mente del interlocutor. No le digo a mi interlocutor "este cuarto tiene paredes" en una conversación a menos que se trate específicamente de ese tema. O, como observó Peter Wason hace veinte años,¹³ usamos una declaración negativa "naturalmente" sólo cuando se dan las condiciones para una negativa razonable y nos resistimos a decir cosas como "Esta mesa no está hecha de cera", a menos que exista alguna razón previa para dar por supuesto que algunas o muchas mesas *están* hechas de cera. El uso de la negación presupone un contexto que merezca una negativa razonable. Incluso en su nivel más simple, los enunciados son regidos por las necesidades del discurso y el diálogo y no por la representación semántica fija y unívoca de una expresión sobre algún conocimiento de mundos reales o mundos posibles.

* * *

El tema de los actos de habla y sus implicaciones requiere una atención especial en cualquier análisis como el presente. Pues, en un sentido, representan muy notablemente la fusión de los tres marcos de referencia en función de los cuales puede comprenderse el lenguaje: el sintáctico, el semántico y el pragmático. Un acto de habla, desde luego, es un medio convencional para encarnar una intención en un mensaje. John Searle¹⁴ señaló por primera vez que hay por lo menos tres condiciones que deben cumplirse cuando ejecutamos esos típicos actos de habla como los de indicar, pedir, prometer, advertir, etcétera: las condiciones *preparatoria*, *esencial* y *de sinceridad*, a las cuales yo agregaría una cuarta, la condición *de filiación*. Las condiciones preparatorias requieren que la atención del oyente se sincronice con la cuestión de que se trata: que sea un pedido, una advertencia o una promesa. Las condiciones esenciales definen la lógica del acto: no se pide algo cuando ya se lo posee, ni se advierte contra peligros inexistentes. Las condiciones de sinceridad estipulan que la intención del acto de habla sea auténtica: no se pide algo que no se desea. La condición de filiación especifica que la frase tenga en cuenta la relación que existe entre el hablante y el oyente. Ese viejo ejemplo de la pragmática: "¿Sería tan amable de pasarme la sal?", nos viene bien. No se trata de conocer los límites de la compasión o la amabilidad del oyente. En cambio, es un pedido de sal en el que se reconoce el estatus voluntario o no obligatorio del oyente con respecto al hablante.

Si los actos de habla son un rasgo universal del lenguaje (o del uso del lenguaje), parece razonable suponer que el desarrollo de la sintaxis, la semántica y aun el léxico obedecería a la necesidad de señalar intenciones en el lenguaje. Evi-

¹³ Peter Wason, "Response to Affirmative and Negative Binary Statements", *British Journal of Psychology*, 52, 1961, págs. 133-142; *idem*, "The Contexts of Plausible Denial", *Journal of Verbal Learning and Verbal Behavior*, 4, 1965, págs. 7-11.

¹⁴ John Searle, *Speech Acts*, Cambridge, Cambridge University Press, 1969.

dentemente, existen muchos mecanismos paralingüísticos o expresivos que ayudan en esto, como la entonación, la prosodia, etcétera. ¿Pero qué se puede decir de mecanismos más formalmente lingüísticos? Carol Feldman¹⁵ y Charles Fillmore,¹⁶ trabajando independientemente, se encuentran entre quienes han sugerido que el lenguaje es rico en elementos léxicos y reglas sintácticas que tienen como objetivo prácticamente único hacer más clara la perspectiva y la actitud del hablante. Feldman ofrece como ejemplo de esos mecanismos el fenómeno de "indicador de actitud" mediante el uso de palabras como, por ejemplo, *incluso* (*even*), *sólo* (*only*) y *justo* (*just*). Es prácticamente su única función en el lenguaje. Véase la serie compuesta de variantes sobre la siguiente frase:

Juan se casará con Elsa.
Incluso Juan se casará con Elsa.
Juan incluso se casará con Elsa.
Juan se casará incluso con Elsa.

Nótese que cada variante también impone la acentuación sobre la palabra que lleva la carga de incertidumbre: *Juan*, *casará* y *Elsa*, en las tres variantes.

Fillmore,¹⁶ por su parte, plantea la pregunta de si la gramática es principalmente un mecanismo que permite a los hablantes presentar su "perspectiva en una escena". Es una versión más elaborada del "indicador de actitud" de Feldman, y hace la afirmación más ambiciosa de que una de las funciones fundamentales de la gramática en general (y no de un subconjunto de indicadores de actitud) es la de lograr esta ambientación de la perspectiva. Como ejemplo, observa la función que cumplen las oraciones activas y pasivas para indicar la perspectiva atencional del hablante, como en las oraciones siguientes:

El jarrón Ming fue volcado por el gato.
El gato volcó el jarrón Ming.

También en este caso, el acento sigue el centro atencional de la palabra principal de cada enunciado.

En realidad, el ejemplo de Fillmore nos completa el círculo, porque fueron precisamente esas transformaciones optativas del lenguaje como la voz pasiva lo que examinó George Miller en esa primera búsqueda de la realidad de la gramática. Las otras transformaciones fueron la interrogación y la negación. La transformación interrogativa es un indicador sintáctico tan transparente de la intención del acto de habla como no hay otro. Y ya hemos visto en la investigación de Wason cuán ligada a las necesidades de una "negación razonable" en el discurso está la negación. La ironía histórica es que fue el estudio de Wason, por úl-

timo, el que demostró que las oraciones negativas a veces se procesaban y comprendían con mayor rapidez que las oraciones básicas sin transformar, cuando se daban las condiciones de una negación razonable.

Una última palabra sobre las implicaciones nos relacionará con el anterior análisis de ellas hecho en el Capítulo II. Recuérdese que implican la violación de condiciones de los actos de habla (o las máximas de sinceridad, pertinencia, brevedad, etcétera) a fin de querer decir más de lo que se dice. En un sentido, como comenté anteriormente, originan una nueva clase de mecanismos lingüísticos para "transmitir" las sutilezas del discurso: la ironía, eufemismos, indirectas y tropos aun sin rotular. Los actos de habla y las máximas de la conversación, en esta versión del asunto, no sólo usan los mecanismos ya existentes en el lenguaje para indicar la actitud y la intención con medios convencionales, sino que pueden ser de hecho los generadores de nuevos medios.

Una vez dicho todo eso, podemos volver al principal argumento: la realidad psicológica del lenguaje y los productos que el lenguaje crea. He tratado de demostrar que es contraproducente establecer la realidad psicológica o la pertinencia de las distinciones sintácticas, semánticas y pragmáticas, independientemente y aisladas unas de otras. Cualquiera que sea el uso que pueda tener la distinción de Morris en la lingüística propiamente dicha (la ciencia formal del lenguaje en la que no se toma en cuenta quién lo usa ni cómo lo usa),¹⁷ tiene por cierto una utilidad mínima para el psicólogo del lenguaje. Todo es uso. Y cualquier cosa que se use está sintácticamente organizada en consecuencia y tiene algún significado que puede serle asignado por algún hablante en alguna circunstancia. En realidad, incluso un tema tan clásicamente pragmático como la "presuposición", examinado cuidadosamente (como lo hizo Gerald Gazdar en su esmerado libro sobre pragmática)¹⁸ resulta tener tanta conexión con la sintaxis y la semántica como con la "pragmática". Las presuposiciones, como ya se observó en un capítulo anterior, son desencadenadas por mecanismos que son principalmente de carácter sintáctico o léxico y no pueden entenderse como un rasgo del lenguaje sin esos mecanismos.

La única manera de proceder, entonces, es sumergirse directamente en ese rasgo del lenguaje cuyo sustrato psicológico se desea investigar y descubrir cuáles son los procesos psicológicos mediante los cuales se lleva a cabo. Luego podemos preguntar cómo se compaginan esos procesos para hacer posible el lenguaje, el lenguaje "real" que se usa. Es decir, lo que hace "real" a una oración es la especificación de los procesos mentales que la producen o que permiten su comprensión. No basta, al llevar a cabo esta tarea, invocar procesos psicológicos generales y ambiguos como la asociación o la imitación. Debe demostrarse que los procesos son adecuados para abordar la estructura lingüística de las oraciones (desde una FN-FV dominada por un punto central S hasta división, elipsis, o lo que fuere). Si además puede demostrarse que estos procesos generan lue-

¹⁵ Carol Feldman, "Pragmatic Features of Natural Language", en M. W. LaGaly, R. A. Fox y A. Bruck (comps.), *Papers from the Tenth Regional Meeting of the Chicago Linguistic Society*, Chicago, Chicago Linguistic Society, 1974.

¹⁶ Charles Fillmore, "The Case for Case Reopened", en P. Cole y J. Sadock (comps.), *Syntax and Semantics. Vol. 8. Grammatical Relations*, Nueva York, Academic Press, 1977.

¹⁷ Morris, *Signs, Language and Behavior*.

¹⁸ Gerald, Gazdar, *Pragmatics: Implicature, Presupposition, and Logical Form*, Nueva York, Academic Press, 1979.

go efectos colaterales no lingüísticos, resulta más interesante. Pero no contribuye en nada a afirmar la "realidad psicológica" de la gramática demostrar que los chasquidos que sonaron al emitirse una oración se oyeron no donde se produjeron (en el medio de una frase) sino desplazados hacia el final de la frase. ¿Afirmaríamos la "realidad psicológica" de la notación de los compases musicales demostrando que los chasquidos se desplazan hacia los bordes de las frases musicales?

Más precisamente, es de poca utilidad dar un informe de los procesos psicológicos que subyacen en la gramática de la oración si, al hacerlo, cerramos la posibilidad de descubrir cómo la oración puede servir como acto de habla, o perdemos de vista su función de enmarcadora de la perspectiva en el nivel semántico o pragmático.

La realidad psicológica de cualquier descripción lingüística es propia no de nuestra capacidad de explicar psicológicamente determinadas propiedades especificadas por esa descripción sino de nuestra capacidad de explicar, en cambio, cómo el lenguaje en toda su complejidad lingüística es usado para cumplir sus múltiples funciones.

* * *

Voy a referirme ahora a un segundo significado de la "realidad". Casi todo aquello con que nos relacionamos en el mundo social, como he insistido reiteradamente, no podría existir si no fuese por un sistema simbólico que le da la existencia a ese mundo: la lealtad nacional o local, el dinero, las asociaciones, las promesas, los partidos políticos. Lo mismo puede decirse también, aunque de un modo un tanto diferente, del mundo de la "naturaleza", pues nuestra experiencia de la naturaleza está conformada por concepciones de ella constituidas en el discurso con los demás. Lo fundamental de mi argumento en los primeros capítulos era que la "realidad" de la mayoría de nosotros se constituye en general en dos esferas: la de la naturaleza y la del quehacer humano; la primera se estructura más probablemente según la modalidad paradigmática de la lógica y la ciencia, la segunda según la modalidad del relato y la narrativa. Esta última se centra en torno del drama de las intenciones humanas y sus vicisitudes; la primera, en torno de la igualmente apremiante, igualmente natural, idea de la causalidad. La realidad subjetiva que constituye el sentido que tiene un individuo de su mundo se divide en síntesis en natural y humana.

Evidentemente, hay confusiones y superposiciones. Una de ellas es el animismo: la atribución de intención a los objetos del mundo "natural" que, ordinariamente, se consideraría determinado por una relación de causa-efecto. Y otra es el conductismo radical: la atribución de causas y la negación de la función de la intención en la esfera de los sucesos humanos. Pero suele suceder (por lo menos en la cultura occidental) que la gente se pone de acuerdo para establecer cuál es cuál, y cuando no se ponen de acuerdo la consecuencia es polémica; por ejemplo, en las batallas sobre el origen de la humanidad en las que el *cuento* de la creación se contrapone a la *teoría* de la evolución. De todos modos, las confusiones no se trasladan a la esfera práctica de la acción. Pues en la práctica, manipula-

mos o actuamos físicamente en *aquello* que se encuentra en el campo de la relación de causa-efecto; pero interactuamos o tratamos de comunicarnos con *aquello* que parece regido por las intenciones. O como decía el proverbio de la Armada: "Salúdalo si se mueve, de lo contrario píntelo".

¿Qué podemos decir desde el punto de vista psicológico sobre esas "realidades psicológicas"? También en este caso, afirmaríamos que el problema reside en la explicación de los procesos psicológicos que las constituyen: en psicología, en antropología, en la observación diaria. ¿Pueden los procesos psicológicos "estándar" como la percepción, la inferencia, la memoria, el pensamiento, explicar las realidades construidas? El problema no es determinar si *dos* series de procesos producen *dos* mundos diferentes, sino de qué modo, *cualquier* proceso podría producir los mundos construidos que encontramos.

* * *

Comencemos con los procesos de inferencia, con dos experimentos ilustrativos que ayudan a aclarar este asunto. El primero está tomado de un estudio de Henri Zukier y Albert Pepitone.¹⁹ Sigue los estudios clásicos de Daniel Kahnemann y Amos Tversky²⁰ sobre la manera en que las personas usan el conocimiento probabilístico basado en acontecimientos pasados para guiar su reacción en una situación presente. Se empieza leyendo la descripción de alguien:

Esteban es muy tímido y retraído, invariablemente servicial, pero con poco interés por la gente, o por el mundo de la realidad. De una naturaleza interior dócil y ordenada, tiene la necesidad de encontrar orden y estructura, y pasión por los detalles.

Se presenta esta descripción al sujeto del experimento diciéndole que se ha sacado al azar de una serie de retratos correspondientes a setenta vendedores y treinta bibliotecarios. ¿Qué es Esteban, vendedor o bibliotecario? Usando un razonamiento basado en la proporción, tomando en cuenta sólo las probabilidades, el consultado debe decir que es vendedor. Es el método paradigmático extremo: guiarse por el teorema de Bayes que prescribe "basarse en las probabilidades". Pero si se les da a los sujetos del experimento un motivo para incluir su opinión en un relato, en un mundo de narración, ignorarán las probabilidades de Bayes.

Zukier y Pepitone muestran cómo se puede inducir a los sujetos del experimento en un sentido o en otro manipulando el porcentaje de contexto evocativo que se les proporciona. Utilizaron dos orientaciones con instrucciones para inducir a los sujetos a seguir una de las dos direcciones propuestas: una "orientación 'científica' ... que contenía proposiciones generales" en la que se relacionaba la actuación individual con normas de población, y "una orientación 'clínica' ... ba-

¹⁹ Henri Zukier y Albert Pepitone, "Social Roles and Strategies in Prediction: Some Determinants of the Use of Base Rate Information", *Journal of Personality and Social Psychology*, 47, nº 2, agosto de 1984. Las citas corresponden a la pág. 349.

²⁰ Daniel Kahnemann, Paul Slovic y Amos Tversky, *Judgement under Uncertainty: Heuristics and Biases*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

sada en la comprensión del caso individual", "mediante la construcción de una narrativa coherente o 'historia clínica' de la persona". Aquellos a quienes se les presenta la modalidad científica, opinan de acuerdo con la probabilidad de Bayes. Los otros, inducidos a construir narraciones clínicas, prácticamente ignoran la regla bayesiana.

Por razones que tienen su origen en el racionalismo de la psicología, a los que siguen la lógica del drama (es decir, que actúan como clínicos o cuentistas) se los caracteriza en la bibliografía sobre la inferencia diciendo que son los que "cometen la falacia de la proporción". Pero Zuckier y Pepitone oponen objeciones. Para ellos, la "falacia de la proporción" no es sólo "una aplicación inadecuada de los criterios normativos", sino el resultado de una estrategia diferente, que toma en cuenta el contexto en el cual tiene lugar la conducta en lugar de concentrarse sólo en las tendencias generales, en la conducta en un vacío. Para decirlo más directamente, un grupo está construyendo una realidad de personajes que intervienen en acciones determinadas en ambientes determinados, una realidad en la cual la "información de las probabilidades" es completamente irrelevante o, de ser relevante, lo es sobre todo en el sentido de guiarnos en la construcción de una narrativa "razonable". ¿Falacia? Imagínese un médico que use sólo las probabilidades que hay en su archivo de historias clínicas para decidir si un paciente con un fuerte dolor en el abdomen debe someterse a una apendicectomía. ¿Sería capaz de presentarse ante el comité del hospital con el argumento de que iba a operar de acuerdo con Bayes? Lo que está claro es que los "resultados" logrados por inferencia cuando se usan las estimaciones bayesianas no constituyen una "realidad" frente a una "ilusión" producida por la orientación clínica. Los que siguen la orientación clínica también operan "realistamente", pero en otra realidad. Son como esos colegas de la literatura que mencioné en el Capítulo I, que actúan desde abajo hacia arriba para construir una "realidad" a partir de este poema o de aquella novela.

El segundo experimento al que me quiero referir me pertenece; se trata de un experimento que hice para corregir un descuido de un estudio anterior realizado casi un cuarto de siglo antes.²¹ Los detalles son complicados y el lector puede prescindir de ellos. El experimento tiene como objeto, también, uno de los "clásicos fenómenos de la cognición humana, 'la adquisición' de conceptos". Empero, si bien es técnico, se encuentra en el centro de muchas actividades humanas cotidianas. La adquisición de conceptos es el proceso mediante el cual, después de haber encontrado muchos casos particulares, decidimos que alguna subserie de ellos forman una categoría o clase que es distintiva. Y así, por ejemplo, descubrimos mediante comprobación que sólo los hongos de cabeza chata, cortos y de color castaño pueden comerse sin tener efectos dañinos, y creamos la categoría de "hongos comestibles". O formulamos un estatuto para Freedonia según el cual sólo aquellos habitantes mayores de veintiún años que tengan propiedades en la ciudad y hayan residido en ella durante más de un año son "candidatos elegibles para formar parte del concejo municipal". Existen diversas cla-

ses de categorías o "conceptos", formadas por diferentes reglas de agrupación y diferentes maneras de aplicar los criterios de inclusión y exclusión. Pero, aunque muchas de estas consideraciones de índole técnica motivaron los experimentos originales incluidos en *A Study of Thinking*, no son las que llevaron a realizar el estudio reconstructivo.

Este segundo estudio nació de la manera siguiente. Al realizar este tipo de experimentos, normalmente se presenta a los sujetos un juego de tarjetas en cada una de las cuales aparece una serie de "atributos": en cada tarjeta habrá, por ejemplo, una figura de un total de dos o tres posibilidades; cada figura tendrá un color entre dos o tres colores diferentes, independientemente de la figura y el color, cada una será grande o pequeña, etcétera. El experimento se realiza como si fuese un juego de adivinanzas. Se le dice al consultado que uno tiene en mente un tipo determinado de tarjetas en la serie que son "correctas" y otras que no lo son, y que su tarea es determinar con la mayor rapidez posible cuál es cuál, por ejemplo, si todas las tarjetas rojas son correctas, o las verdes, o las azules cuadradas, etcétera. Se le muestra una por vez, pidiéndole que adivine si es "correcta" o "incorrecta" y luego se le dice si acertó. Los seres humanos no son operadores sensoriales (incluso una pequeña computadora puede programarse para actuar mejor que la mayoría de nosotros), pero son razonablemente buenos para eliminar los atributos irrelevantes y captar lo que de hecho define "lo correcto" (es decir, la inclusión en una clase) mediante algunas estrategias bastante ingeniosas. Los fenómenos que se pueden observar en un experimento tan pequeño son suficientemente interesantes como para haber engendrado una activa industria casera de investigaciones en materia de adquisición de conceptos.

Sucedió que en esos experimentos originales se incluyó un juego de tarjetas cuyos atributos eran mucho más animados y más "temáticos" que los de las que contenían figuras, colores y tamaños. Cada una de esas tarjetas era una variante de algo más "narrable", diríamos ahora. En cada una había un niño y un adulto. Cualquiera de los dos podía ser varón o mujer. El adulto o el niño estaba en ropa de dormir o en ropa de calle. El niño se encontraba extendiendo las manos con alegría (como para recibir algo) o con las manos detrás de la espalda con una actitud de desaliento, y el adulto (como para combinar con las actitudes del niño) estaba ofreciendo un objeto o tenía las manos unidas por detrás. Cada tarjeta era una pequeña escena natural para dramatizar.

En el primer estudio descubrimos que los individuos tardaban más en adquirir el concepto correcto con estas tarjetas que con las tarjetas no temáticas combinadas por la cantidad de atributos. Frente a las tarjetas "narrativas", parecían perseverar más tiempo en sus hipótesis ante la información negativa, requerían mas datos redundantes y, en general, parecían más "mudos" lógicamente que cuando tenían que referirse a los atributos solos. Y, desde luego, eran mucho más proclives a dar hipótesis extrañas sobre lo que era correcto: por ejemplo, escenas en las que se describían posibles cumpleaños, transgresiones de normas, niños infelices, y otras por el estilo. Nosotros nos limitamos a publicar debidamente esta tendencia al error, pero no hicimos nada más con ella.

Cuando rehízo el experimento recientemente (con Allison McCluer), llevando un registro literal de lo que nuestros consultados tenían que decir en el de-

²¹ Jerome Bruner, Jacqueline Goodnow y George Austin, *A Study of Thinking*, Nueva York, Wiley, 1956.

sarrollo de la actividad, hubo algunas sorpresas. Los sujetos de nuestro experimento (no todos, pero una proporción importante) se dedicaron simplemente a formular "hipótesis dramáticas" y no utilizaban la información contenida en los atributos de ninguna manera directa para verificar si era pertinentes o no.²² Un sujeto típico, por ejemplo, pensaba que las tarjetas positivas o "correctas" describían todas "una relación feliz entre un padre y un hijo", lo cual no resulta en absoluto ilógico. Cada vez que esta consultada se equivocaba, modificaba la definición de lo que constituye una buena relación. Cuando opinaba que un caso era "correcto" y resultaba no ser así, justificaba la evidencia que tenía delante: sí, la madre le estaba dando algo a la hija en la pequeña escena, pero tal vez se trataba de una compensación por algo malo sucedido antes. En una tarjeta interpretó que se trataba de un padre "que rechazaba" y un hijo "castigado", y cuando se enteró de que la tarjeta *no* era negativa, dijo: "Bien, la confrontación no siempre es mala, ya se sabe".

Nosotros, los que realizábamos el experimento, operábamos en un mundo paradigmático de atributos que constituían casos que satisfacían o no los criterios postulados. Nuestros sujetos se ocupaban con mayor frecuencia de construir episodios dramáticos y de buscar afinidades y diferencias entre ellos. Cuando, como hicimos en algunas ocasiones, les hacíamos ver que estaban haciendo algo diferente de lo que les habíamos pedido que hicieran, argumentaban que nunca habíamos dicho eso. Simplemente, no estaban "procesando" las tarjetas de la manera analítica que habíamos previsto. Estaban construyendo narraciones y, como buenos críticos literarios, buscando una afinidad metafórica entre ellas.

¿Una falacia, también? No, afirmaríamos que no lo es. Era sencillamente otra manera de realizar la tarea, de construir realidades, incluso de establecer categorías. En el sentido de Wittgenstein, era una "forma de vida" diferente.

Y de este modo, la conclusión que quiero formular es sencilla: la realidad psicológica se revela cuando puede demostrarse que una distinción realizada en un ámbito —el lenguaje, los modos de organizar el conocimiento humano, etcétera— tiene una base en los procesos psicológicos que usan las personas al negociar sus transacciones con el mundo.

VII

Los mundos de Nelson Goodman¹ *

Hace poco más de medio siglo, los filósofos y los psicólogos de Harvard compartían el mismo departamento académico situado en Emerson Hall, cuyo corredor de la planta baja estaba presidido por un Ralph Waldo Emerson de bronce, sentado, con el ceño ligeramente adusto. Para ese entonces los psicólogos ya casi no podían aguardar a verse liberados de sus anticuados padres. Esa liberación llegó bastante pronto. Porque, ¿qué tenía que ver la psicología, provista de sus flamantes herramientas de investigación empírica, con la metafísica? ¿Era necesaria la especulación filosófica para estudiar la sensación, la percepción y la conducta? La psicología aun entonces había abrazado el "operacionalismo" del físico Percy Bridgeman, una posición filosófica según la cual los conceptos científicos, como por ejemplo el de "masa" o el de "mente", sólo podían definirse por las operaciones experimentales que se usaban para establecer su aplicación a las cosas o los procesos. En lo que respecta a los psicólogos, ésa era toda la filosofía necesaria. Por consiguiente, el cociente de inteligencia era simplemente lo que medían los tests de inteligencia. Además, el positivismo lógico vienes definía el límite entre la filosofía y la psicología. De acuerdo con sus principios, sólo los enunciados de la ciencia o de cualquier otra materia que fuesen verdaderos por definición (como en lógica o matemática) o fuesen "empíricamente verificables", eran significativos y dignos de estudio; los primeros, por la filosofía, y los últimos, por las ciencias, a las cuales evidentemente pertenecía la psicología.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la psicología y la filosofía se encontraron principalmente en la "metodología": como el comerciante y su contador, la segunda le decía a la primera cuál era la manera correcta de hablar sobre los números que había producido. Empero, el hecho de mejorar el "lenguaje" de la psicología académica para adecuarlo a la filosofía de la ciencia existente significó poco para atenuar la obstinación de la psicología. La palabra "mente" si-

* Este capítulo fue escrito con Carol Feldman.

¹ Este capítulo fue preparado para la *New York Review of Books* y estaba en prensa cuando se imprimió este libro. Este capítulo se basa principalmente en tres libros de Nelson Goodman: *Of Mind and Other Matters*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1984; *Ways of Worldmaking*, Hassocks, Sussex, Harvester Press, 1978; *Languages of Art: An Approach to a Theory of Symbols*, Indianápolis y Cambridge, Hackett, 1976. Las citas, si no se aclara lo contrario, corresponden a *Of Mind and Other Matters*.

²² El estudio de los "conceptos dramáticos" está aún en preparación e inédito.